




Editorial

Seis tesis sobre complejidad y salud

Carlos Eduardo Maldonado

 ORCID: 0000-0002-9262-8879

Full Professor School of Medicine
Universidad El Bosque
maldonadocarlos@unbosque.edu.co

La bibliografía sobre complejidad y medicina es amplia, sólida y creciente. Por ejemplo, cáncer y complejidad, o el funcionamiento del sistema nervioso central y complejidad, o el sistema inmunológico y complejidad. Sin embargo, en contraste, comparativamente, la bibliografía en el mundo sobre salud y complejidad es sumamente escasa.

En este texto quisiera formular seis tesis acerca de salud, esto es, acerca de las relaciones entre salud y vida, en fin, en otras palabras, en torno a las relaciones entre salud y complejidad. Se trata, simple y llanamente de ampliar los marcos de las puertas que conducen a pensar la salud – la salud, la vida, y no ya única y principalmente la enfermedad. Complejidad hace aquí referencia a las ciencias de la complejidad y no simplemente al pensamiento complejo.

Estas seis tesis se formulan de la siguiente manera:

1. La salud es un fenómeno que empieza mucho antes de cada quien, que atraviesa a cada cual, pero que desborda a cada uno y termina en algún punto mucho después de cada persona. El cuerpo es la interface entre la biografía de cada uno y el entorno -espacial y temporal- que enmarca y desborda las experiencias de cada cual. Es imposible alcanzar la salud de cada uno al margen de la salud de los demás, la salud del propio entorno, la salud de la propia naturaleza. Se trata de un sistema complejo no-lineal. Así, en el cuidado de la salud se encuentran componentes biológicos –en toda la línea de la palabra-, tanto como culturales, sociales e históricos. Literalmente, pequeños cambios imperceptibles pueden terminar teniendo consecuencias o efectos altamente impredecibles. El cuidado de la salud implica, por tanto, una filosofía de la naturaleza, tanto como un compromiso político, en el sentido al mismo tiempo más amplio pero fuerte de la palabra. La salud implica un cierto principio de saber vivir, y de vivir bien, algo que se dice fácilmente pero que es sumamente difícil de lograr. En la Grecia antigua, por ejemplo, cada quien podía hablar de haber conocido la felicidad tan sólo al final del día, cuando ya muchas de las experiencias se han decantado y hemos podido alcanzar una visión de largo alcance sobre la propia vida. La felicidad, así, no era un asunto de momentos, de circunstancias o de lugares, sino el balance de mapas y geografías diferentes. Y entonces, claro, la felicidad permitía reconocer que se tenía salud, o no. De esta suerte, el cuidado de la salud exige una visión de largo alcance, una mirada que combina al águila y a la gallina, en fin, una combinación articulada entre ritmo, melodía y armonía. La consecuencia es la necesidad de una mirada y una formación rigurosa en términos de interdisciplinaria, en fin, mejor aún: de complejidad.
2. La salud es un sistema discreto, en el sentido preciso que el concepto tiene en las matemáticas contemporáneas (las matemáticas, acaso el mejor lenguaje de la ciencia). En matemáticas tenemos las matemáticas de sistemas continuos y las matemáticas de sistemas discretos. Sin ambages, todas las matemáticas de punta en el mundo de hoy son de sistemas discretos (una idea que se remonta a la obra de G. Cantor pero que se alimenta inmensamente, luego). La enfermedad, por el contrario, es un sistema continuo. La salud es un fenómeno discontinuo, discreto, con soluciones de continuidad. Sucede análogamente a como es el caso con la vida de los seres humanos y en

general de los sistemas vivos: están sujetos a contingencias, a oportunidades a circunstancias, y no responden exactamente, en el sentido lineal de la palabra, a (grandes) proyectos, metas, planes, estrategias y demás. La salud sin más es un paisaje rugoso adaptativo, en el sentido que el término tiene en la teoría de la evolución o también en las ciencias de la complejidad. Precisamente por ello, salud exige una comprensión perfectamente distinta a la estándar en medicina y ciencias de la salud, que es la epidemiología y el discurso sobre vectores. Los sistemas discretos poseen, cada uno, su propia discontinuidad. Esta idea se corresponde con la tendencia central de la ciencia en Occidente, que avanza desde procesos de generalización hacia actitudes y movimientos que se toman en serio las particularidades, las singularidades, las diferencias. La ciencia y la investigación se hacen mejores a través de estos avances. Salud demanda ser estudiada y explicada, entonces, con algunas de las herramientas o características de las matemáticas de sistemas discretos; por ejemplo, con redes complejas, la presencia de leyes de potencia, grafos e hipergrafos, látices incluso, que implican conjuntos parcialmente ordenados (*poset*, en inglés). La salud es discreta, exactamente en el sentido en que los sistemas vivos no son continuos, sino susceptibles de aprendizaje, adaptación y complejidad creciente.

3. La filosofía, la ciencia y la cultura habidas en los últimos dos mil quinientos años se definen por una tendencia, a saber: la trascendencia. De acuerdo con esta idea, los seres humanos deben poder trascender para encontrarse y realizarse a sí mismos. Desde el punto de vista cognitivo o del estudio de la conciencia, acaso la intencionalidad emerge como una sólida explicación de lo que define a la conciencia, en fin, a los seres humanos. En una lectura más refinada, la trascendencia no termina siendo muy diferente de la alienación o del enajenamiento: los seres humanos salen de sí mismos, pero acaso terminan por extrañarse en los productos que ellos mismos han producido. El extrañamiento es uno de los nombres sofisticados para decir: enfermedad. Una filosofía de la salud, una ciencia de la salud, en fin, una cultura de la salud no está inevitablemente anclada a la noción de trascendencia. Salud es una experiencia, un encuentro, si cabe, del cuerpo consigo mismo, de la mente consigo misma, en fin, del ser humano con la naturaleza, por ejemplo. Salud implica y permite una relación perfectamente distinta a la de trascendencia. La tercera tesis afirma que salud es immanencia, encuentro, experiencia radical que transforma estructuralmente la vida de los seres humanos y los sistemas vivos. Debemos poder saber de salud, antes de perderla, antes de verla amenazada, e incluso aunque nunca llegue a estar en peligro, por así decirlo. Mientras que la enfermedad debe ser determinada en toda la línea de la palabra, salud implica, por el contrario, un principio de indeterminación. La indeterminación de la salud no es otra cosa que la indeterminación misma de la vida, o también la indeterminación misma del entorno o el medio ambiente. En fin, si el encuentro con la immanencia es un encuentro con la naturaleza –puesto que no hay que salir, “ir afuera” para encontrar la naturaleza, la expresión más directa o inmediata de la naturaleza para cada quien es su propio cuerpo. Dicho sin más, la salud es un proceso o un movimiento o una condición de immanencia – encuentro, experiencia.

4. Debemos poder escuchar al cuerpo. La mente, decía Siddharta Gautama, es un mono loco, borracho, picado por una avispa. En verdad, la inmensa mayoría de las personas son manejadas, literalmente, manipuladas por su propia mente, y no lo saben. Desde la antigüedad, una característica de la sabiduría consiste en el control de la propia mente por parte de cada quien. Pues bien, en numerosas ocasiones la mente nos engaña; por ejemplo, percibimos lo que no existe, etc. En contraste, el cuerpo jamás nos miente. El cuerpo nos habla y nos dice lo que siente, lo que le sucede, lo que lo afecta. Sólo que no sabemos escuchar al cuerpo. Vivimos alienados, salidos de nosotros mismos, con atractores comunes, que son, notablemente, el consumo, los deseos de cosas, el afán de propiedad. Existen numerosas maneras de escuchar al cuerpo, pero la más básica de todas es la respiración. Debemos poder observar la respiración, la cual abre las puertas o las ventanas hacia el cuerpo. Y entonces podemos aprender la salud. El cuerpo constituye una sola unidad con la mente y el espíritu, pero la mente domina a las personas, el espíritu se pierde y el cuerpo termina por ser abandonado a sí mismo. El resultado es que entonces la enfermedad aparece, y aparece incluso como una circunstancia fatal; esto es, inevitable. Sencillamente los seres humanos no saben vivir, puesto que vivir pasa por escuchar el propio cuerpo, que es una sola cosa con la mente y el espíritu. Y las relaciones con los demás y el mundo. Una sabiduría del cuerpo no es diferente a una sabiduría de la naturaleza. Son una sola y misma cosa: observar, escuchar a la naturaleza, y escuchar y observar al cuerpo; al propio, tanto como al de los demás. Y aprender sus lenguajes. Salud es un tema que exige mucha y muy buena ciencia, mucha y muy buena cultura, mucha y muy buena tecnología, pero además, y fundamentalmente, mucha sabiduría. Sólo que la sabiduría no se enseña, aunque sí se la puede aprender.
5. Es imposible la salud de cada quien al margen de un entorno –familiar, social, cultural y natural– que sean igualmente sanos o saludables. La insalubridad de un plano o aspecto afecta a los otros contextos y niveles. En este sentido, una filosofía y una ciencia de la salud pasan por el estudio serio de la biología en todos sus niveles y componentes, pero también de la cultura y la sociedad. Un buen sanólogo debe ser un buen político, un buen sociólogo y economista, en fin, un estupendo ecólogo, por ejemplo. El cuidado de la salud en un contexto no es diferente al cuidado de la salud en otro aspecto. Hay música que enferma y otra que contribuye a equilibrios dinámicos y a mayor armonía; hay objetos, fenómenos y comportamientos vulgares y banales que en nada ayudan a la salud en otro plano y circunstancias. Hay comida que afecta a un órgano o sistema y que entristece algunas funciones corporales o las vuelve lentas o inerciales, si cabe la expresión. Saber vivir, saber comer, saber amar, saber convivir con otros, en medio de las diferencias y la pluralidad, saber tener ciudades –pequeñas, medianas o grandes– amables no es ajeno a formas y estilos saludables. Al fin y al cabo, por ejemplo en matemáticas un argumento es verdadero si es bello. De esta suerte, la belleza –no simplemente la bonitura y el diseño artificioso–, constituyen uno de los modos y expresiones de la salud, en fin de la vida misma. El más complejo de todos los sistemas en el universo son los sistemas vivos, y lo mejor que le puede suceder a un sistema vivo

es tener tiempo, tener horizontes, posibilidades, los cuales son esencialmente abiertos e indeterminados. La salud es un fenómeno cargado de incertidumbre e indeterminación. Y la belleza y la salud comportan la alegría de vivir (**la joie de vivre**). Sólo que la alegría de vivir no es, en absoluto, objeto de ingeniería social. Es el resultado de saber vivir conjunta, mancomunada, en fin, cooperativamente. Los sistemas vivos son altamente complejos y se hacen posibles en términos de comensalismo, cooperación, mutualismo. Estas son las relaciones fundamentales de la naturaleza, esencialmente más sabia que lo que lo que los seres humanos han creído.

6. La medicina, las ciencias de la salud y las ciencias de la vida han sabido hasta la fecha únicamente acerca de enfermedad. De hecho, etimológicamente, la medicina consiste en el arte de curar enfermedades. (El caso de la enfermería es aún más dramático al respecto). Debemos poder pensar salud, y no ya más enfermedad. Si una idea semejante tiene sentido, entonces la propia medicina, la enfermería, y hasta la odontología, para mencionar tan sólo los campos más próximos, deben poder resignificarse semánticamente. La resignificación semántica de una ciencia o disciplina no es asunto menor,

pues implica el cambio de su marco teórico –filosófico o científico-, metodológico, lógico y heurístico. En la historia de la ciencia pueden estudiarse varios casos de resignificación semántica. Pues bien, la medicina puede ser comprendida no ya más en función de la enfermedad, sino de salud. Si es así, la **sanalogía**, un concepto que tiene ya de vida varios lustros y con experiencias importantes en distintos países, puede emerger como un motivo de reflexión. No es suficiente con pensar el "objeto" o el "tema" o el "problema" de una ciencia o disciplina. Por ejemplo, en este caso, de la medicina. Además, simultáneamente, se debe poder pensar el lenguaje que emplea. Al fin y al cabo, dentro de las diferentes funciones del lenguaje (referencial o informativa, emotiva o sintomática, metalingüística, poética o estética y otras), está la función performativa. Literalmente, hacemos cosas con palabras, y el uso del lenguaje no puede pasar como un asunto impune. Si la medicina, fundamental como lo es para la vida de todas las personas, quiere pensarse a sí misma de cara (**vis-à-vis**) a la salud, debe poder transformarse. La analogía emerge como una opción plausible.